

EL DON DE GABRIELA

NATALIA BELCHI

CONTENIDO PROMOCIONAL

PROHIBIDA SU DISTRIBUCIÓN

Capítulo uno

—Lo que le voy a decir no es nada fácil, señora.

Señora. Vale que sea madre y que haya pasado los treinta, pero todavía me siento lejos de identificarme con el término *señora*. ¿Es que acaso está reñido el tener una hija y seguir considerándose *señorita*?

¿Cuántos años tiene ella además? Frente a mí, la profe de infantil de mi hija, la *seño* Ainhoa, intenta no mirarme a los ojos, algo que en mi opinión la delata como veinteañera sin duda. Es nueva de este año y ha estado en otros colegios antes, según nos explicó en la reunión del primer trimestre, así que casi con toda seguridad es mayor de veinticinco. ¿Quién narices se saca las oposiciones de magisterio a la primera?

Aunque este es, de lejos, el último de mis problemas ahora. La profesora de Gabi me ha hecho llamar y al principio pensaba que era mera rutina, pero con esa frase...

—¿Ha habido algún problema con Gabriela?

—No directamente. —Respiro un poco más tranquila—. Estoy algo preocupada por Gabriela, la verdad. La he escuchado decir que... bueno.

—Si para ti no es fácil decírmelo, imagina lo que será para mí escucharlo con todos los rodeos que das. Agradecería que fueras al grano.

La puerta del aula está abierta a mis espaldas. Veo que la *seño* de mi hija se asoma por encima de mi hombro para buscarla. Gabi está sentada en uno de los banquitos de fuera, esperando pacientemente a que termine mientras juega con las manos haciendo sombras en el suelo.

—Verá, señora...

—Macarena, por favor —la interrumpo, intentando no crisparme una vez más por ese «señora».

—De acuerdo, Macarena. Durante la hora del almuerzo ha habido un pequeño incidente.

Suspiro.

—¿Ha vuelto a intentar quitarle el bocado a Andrea Soto? Le tengo dicho que la nocilla es solo para merendar.

—No, no, no se trata de eso. —La *seño* Ainhoa empieza a frotarse las manos como si tuviera frío en los nudillos. Está jugando con ellas, al igual que Gabi fuera, solo que de una forma más adulta—. Verá, es que Gabriela se ha burlado de Toñito por haberse hecho pis encima.

Cuando la escucho no puedo evitar pensar que menuda pérdida de tiempo dar veinte mil vueltas para algo tan sencillo.

—Descuida. Hablaré con ella. Será la última vez que ocurra. —Empiezo a coger mi bolso y la chaqueta.

—Espera, Macarena, es que eso no es todo.

Por Dios. Después de toda la expectación que está creando, me espero que por lo menos Gabi le haya pegado a alguien.

—El caso es que Toñito no se había hecho pis en ese momento.

—¿Quieres decirme que Gabriela ha mentado en clase?

—Sí... y no —medita. Me parece increíble que tenga dudas con algo como eso—. Gabriela se refería a que Toñito se había hecho pis encima *anoche*.

—Ya —asiento sin acabar de entender el problema de ese matiz.

—¿No se te ocurre cómo ha podido saber Gabriela que Toñito, efectivamente, se hizo pis en la cama la pasada noche?

—Bueno, me imagino que o el mismo Toñito se lo ha dicho o simplemente Gabi lo aventuró y resultó tener razón. A estas edades... En fin, un pequeño escape lo tiene cualquiera.

«Incluida Gabi» pienso.

—Eso es lo que cabría pensar. De hecho, es lo que yo misma pensé cuando intenté poner algo de paz. Pero Gabriela dijo que... —Alzo las cejas con intención de meterle prisa. Son ya las dos y media. Me gustaría llegar a

casa y comer—. Bueno, dijo que había tocado la mochila de Toñito y que lo había «visto».

Entrecomilla en el aire esa última palabra.

Gabi...

Por suerte tengo ensayada la cara que debo poner si esto ocurría: ceño fruncido, labios relajados, esperando algo más de explicación.

Por supuesto, no llega.

—¿Y bien?

La *seño* Ainhoa abre la boca, insegura de qué decir.

—En fin, me pareció un comentario lo suficientemente llamativo como para que estuviera... estuvieras al corriente.

—¿Por lo de que lo había *visto*? —pregunto, fingiendo inocencia. Le quito importancia con un gesto de la mano—. No es más que una forma de hablar de los niños, ya sabes. A estas edades tienen una imaginación... Gabi está todo el rato diciendo que si los animales le hablan, que si tiene visiones... Creo que lo ha sacado de esa peli, de *Encanto*.

—Con más motivo creo que sería bueno que observaras su comportamiento, su juego y este tipo de cosas. Sobre todo dada su... situación familiar.

Uf. Esta no es una conversación que quiera tener en este momento, y a la vez no puedo no tenerla cada vez que sale el tema.

—Su situación —repito con voz plana—. Creía que esto ya lo habíamos dejado solucionado durante la semana del día del padre. Pensaba que había quedado claro que el concepto de la familia había cambiado y, sobre todo, que el colegio no iba a entrometerse en las estructuras familiares.

—Es solo que creo que Gabriela puede llegar a sentirse sola en ocasiones y de ahí que sienta la necesidad de decir que...

—En primer lugar, Gabriela no está sola nunca, porque cuando no está aquí en el colegio, está conmigo. Todas las tardes. Y en segundo, ¿le has

comentado también a la madre de Juan que te preocupa que el niño se sienta solo? —Su silencio habla por sí solo—. No, ¿verdad? Porque decírselo a una mujer viuda sería cruel. Haz el favor de tener la misma deferencia con todas las madres del colegio.

—Cada caso es diferente...

Bufo.

—Por supuesto. ¿Algo más que quieras añadir? —pregunto, aunque no le doy nada de tiempo para responder—. Te aseguro que Gabi no volverá a reírse de ningún compañero más.

Me levanto e intento que sea con dignidad, cogiendo mi chaqueta y el bolso de un solo y grácil movimiento, aunque no tengo éxito. El asa del bolso se me atasca en el reposabrazos de la silla y tengo que darle dos tirones hasta que consigo sacarlo.

No miro a la profesora cuando me doy media vuelta y voy a por Gabi.

A lo mejor es porque todavía es pequeña, pero Gabi es una de esas niñas que siempre sonrío cuando me ve. Y yo no soy una de esas madres que cree que su hija es perfecta, no. Gabi no empezó a hablar hasta casi los dos años, y durante ese tiempo fue una niña muy madrera. En cuanto empezó a socializar, se le pasó un poco.

Supongo que otras madres habrían hecho un drama porque sus hijitas no quisieran pasar las veinticuatro horas del día a su lado, pero para mí fue un alivio poder volver a dormir en mi cama sola y que accediera a quedarse en casa de los abuelos a veces.

Y no, tampoco soy de esas madres que dejan a sus hijos con los abuelos a la primera de cambio, es solo que a veces me toca trabajar hasta después de la salida del cole.

Gabi se lanza a mis piernas en cuanto me acerco y yo la cojo en brazos. Es todavía pequeñita, de las que más en su clase, pero la pediatra me ha dicho

que no me preocupe, que los niños bajitos también forman parte de la población y de la media. Tampoco se puede decir que tenga buenos genes que la predispongan para ser alta, ni por mi parte ni por la de su padre.

—Vámonos, cariño.

Por supuesto, Gabi está contentísima de que nos vayamos por fin del cole. Le esperan macarrones con tomate para comer, además, su plato favorito. Lleva pidiéndomelo desde hace por lo menos una semana.

Además, los va a hacer el yayo, y dice que los macarrones del yayo son los mejores del mundo.

—¿Qué tal te ha ido hoy en el cole? —le pregunto.

—Bien.

Las respuestas siempre son escuetas, pero la culpa es mía por preguntar mal.

—¿Qué has pintado hoy?

—¡Hemos hecho animalitos de arcilla! —responde entusiasmada—. Lo que pasa es que se los ha quedado la *seño* para que se sequen.

—Qué chuli, cariño —respondo. Miro a mi alrededor para asegurarme de que no hay nadie que nos pueda escuchar—. ¿Y qué ha pasado con Toñito?

Su cara cambia a enfurruñada. Los ojitos verdes quedan parcialmente cerrados cuando frunce el ceño y los rizos rubios se mueven hacia delante. A partir de ahora pasará entre dos y tres días enfadada con su profesora por habérmelo contado, pero tampoco me da demasiada penita la muchacha después de su grosería.

—Me estaba chinchando.

—¿Qué ha hecho?

Gabi se lo piensa.

—Gabi...

—Es que, es que la *seño* nos ha dicho que dibujásemos nuestra casa.

No ha terminado, pero puedo ver por dónde van los tiros. Nuestra casa no es pequeña: es minúscula. La cocina y el salón están unidos, pero no de una forma moderna y ecléctica, sino porque no había sitio material para poner una pared. Hay un baño con una bañera en la que no cabemos la niña y yo para que la duche. Sí, tenemos bañera en un cuarto de baño que no se puede permitir tener una bañera, aunque me viene bien para que Gabi se entretenga un rato en el agua caliente cuando necesito un momento de pausa. Desconozco qué tipo de casa tendrá Toñito, aunque seguro que es, mínimo, el doble.

—Y Toñito se ha reído de mí... porque es que he dibujado a papá.

La continuación de su discurso me sorprende. Puede que ahora entienda un poco mejor las palabras de la *señora* Ainhoa, aunque eso no quita que no se tenía que haber metido en nuestra vida.

—¿Por qué se ha reído de ti por eso?

—Porque es que ha dicho que como yo no tengo papá no lo podía dibujar.

—Pero tú sí tienes papá.

—¡Ya! Y se lo dije a Toñito, pero dice que no vive conmigo y entonces no puede ser un papá.

Suelto un suspiro. Me preguntaría cómo es que Toñito sabe si el padre de Gabriela vive o no con nosotras, pero seguramente la propia Gabi lo dijera cuando hacían la dichosa tarjetita del día del padre. Nos convocaron en una reunión para buscar alternativas para los niños con familias, y cito textualmente, que «se salían de lo común».

Hay que tenerlos muy gordos para llamar a una señora viuda como la madre de Juan y decirle que, porque falleció su marido, su familia se sale de lo común, pero bueno, qué sabré yo, que no soy docente. Solo puedo decir que si hubiese sido mi caso, habría montado un buen número, y no me hubiese limitado a estar tan tranquila y calmada como esa mujer, que es más buena que un sol.

En fin, ¿qué es una familia común a día de hoy, en realidad?

—Y tú te has enfadado con él cuando te ha dicho eso —digo, aunque no es una pregunta.

Gabi asiente un poquito avergonzada.

Lo cierto es que Toñito se merecía que lo pusieran en evidencia. A ver por qué es Gabi la que tiene que salir humillada sin defenderse...

Respiro. Tengo que educar a Gabi para que sea una buena persona y a los cuatro años esa no es la manera de hacerlo. Aunque crea que está bien que se defienda, aunque sienta en el fondo de mi corazón que el niño se lo merece por no meterse en sus asuntos, tengo que tener la cabeza fría. Gabi no puede aprender a tomarse la justicia por su mano, y menos tan pequeña. Además, seguramente Toñito no esté más que repitiendo lo que ve en casa, lo que escucha allí. Supongo que me tocará enfrentarme a esos padres y, por supuesto, hacerle ver a la profesora por qué Gabi se vio en la necesidad de burlarse de él.

—Sabes que cuando algún niño te haga algo, lo que tienes que hacer es decírselo a la *seño* —digo con calma.

—¡Es que me chinchaba mucho, mami!

—Eso no importa. Se lo dices a la *seño* y que lo castiguen a él solo, no a ti, ¿vale?

Gabi se echa un poco hacia adelante, tirando de la mano con la que la sujeto.

—Vaaale.

—Ahora hablemos de lo que le has dicho tú.

—¡Que se hizo pis encima por meón!

Aprieto los carrillos para no reírme. La risa favorece este tipo de comportamientos y quiero que Gabi sea buena en todos los sentidos. También hablando.

—¿Y no habíamos quedado tú y yo en que no le podías decir a nadie lo

que veías y que nadie más sabía? —le pregunto en voz baja, agachándome para quedar frente a ella, cara a cara, como el secreto que es—. ¿Que solamente lo íbamos a saber tú y yo?

De nuevo, asiente a regañadientes.

—¿A que no lo vas a volver a hacer?

—Nooo.

Lo dice con voz cansina, pero es la verdad. La conozco.

Al menos, será verdad hasta que otro niño la vuelva a sacar de sus casillas.

No puedo juzgarla: se parece a mí.

Capítulo dos

La primera vez que supe que Gabi tenía un *don* especial fue hace cosa de seis meses y es una historia de la que me avergüenzo con solo recordarla.

Un día, el anterior al enterarme, Rafa venía de Múnich con Anja y los niños. Se quedaron a dormir en casa de mis padres, como siempre, y por primera vez en toda su vida, Gabi quiso quedarse a dormir también con ellos. Creo que por primera vez vio en Irma una compañera de juegos más que un bebé llorón, a pesar de que solo se llevan catorce meses.

Gabi estaba emocionada con el hecho de quedarse a dormir en casa de los abuelos con sus primos. Bueno, con Irma. Con Rafita, el hijo de mi hermano a quien me temo que llamaremos *Rafita* incluso cuando tenga cuarenta años, nunca había mostrado el menor interés por jugar, y era una cosa recíproca. Para entonces todavía no hablaba, aunque ahora no sé si lo hace ya. Además, sus juegos se basaban principalmente en coger juguetes y zanzanearlos hasta casi romperlos.

El caso es que Gabi se quiso quedar a dormir con mis padres, mi hermano, mi cuñada y mis sobrinos. Era la primera vez que pasaba una noche fuera de casa y, para qué engañarnos, *necesitaba* una noche fuera de casa yo también. Una en la que poder divertirme con Clau sin sentirme culpable, porque no era yo la que había querido colocar a Gabi con los abuelos para salir de fiesta. Había sido cosa suya. Mis padres parecían encantados de tener a todos sus nietos bajo el mismo techo por fin, a mi hermano le dio igual, y como Anja sigue sin ser capaz de formar una frase de más de tres palabras en español y ninguna permite una conversación fluida—*Me llamo Anja; Una cerveza, gracias*— resultaba imposible saber qué opinaba ella.

No le busqué tres pies al gato. Cuando Gabi me preguntó si podía quedarse, le dije que sí.

Solo era una noche, un viernes por la noche. Comeríamos los ocho juntos el sábado y de vuelta a casa.

Pero, *ah*, cómo necesitaba, cómo *quería* ese viernes para mí.

Adoro a Gabi y la quiero con locura, pero mi tiempo se divide entre trabajar, pasar tiempo con ella y el poco rato que tengo libre es para descansar, descansar *de verdad*, no para dedicármelo a mí misma.

Necesitaba una fiesta. No voy a buscar más justificaciones.

Llamé a Clau y se emocionó. Hacía años que no salíamos juntas, solas ella y yo. Solíamos ser mejores amigas y fue la única que me ayudó cuando me dejó mi ex, mi primer novio, el del instituto y con el que me veía haciendo todas esas cosas que las parejas se imaginan juntas. Ella ha seguido siendo mi mejor amiga desde entonces, prácticamente la única con la que tengo contacto, a la que le mando un mensaje más frecuentemente que para felicitar cumpleaños y años nuevos y lanzar un «¡a ver si nos vemos pronto!» que nunca llega porque en realidad no es más que una forma de cortesía falsa. Creo que en este tiempo, desde que nació Gabi, ella se ha buscado otras mejores amigas, y lo entiendo perfectamente. Yo no he estado tanto como solía estar. Ella sí. Pero necesitaba otra persona que le correspondiera y yo no podía.

No obstante, creo que sus emociones eran sinceras cuando me transmitió la ilusión que le había hecho que la llamara. Y usé nuestro antiguo código, el que empezamos a decir cuando nos dejaron salir de fiesta por primera vez, que nos sonaba increíble entonces y que ha envejecido de la peor manera.

—¿Esta noche hay jarana?

Todavía recuerdo el grito que soltó. Casi me perforó el tímpano.

—Vamos al Corona —respondió ella, sin darme opciones a rebatírselo. Como si fuera a hacerlo después de tanto tiempo.

—No me suena de nada.

—Eso es porque han cerrado unos cinco o seis clubes desde la última vez

que saliste y han abierto como diez o doce.

La pulla me dolió un poco, no voy a negarlo, pero al final era cierto, así que solamente le pregunté por la dirección y la hora mientras iba a hacer recados.

Los recados: comprarme algo decente para salir.

Era mi primera salida discotequera desde que había sido madre y mis *outfits* previos a Gabi no me quedan como solían porque tampoco había vuelto al gimnasio en serio desde que la barriga me hizo imposible ir. Además, me trae demasiados recuerdos.

Me compré un top brillante, ni muy ajustado ni muy revelador, que tuve que acabar vendiendo por la mitad de lo que me costó en Vinted porque sabía que jamás me lo volvería a poner. Con la falda tenía cierto apaño y reciclé alguna de las viejas. Antes de salir de casa, me miré en el espejo de pie que tengo en mi habitación, detrás de la puerta porque no hay sitio en otra parte.

Durante un instante, me cruzó en la mente que esa podría haber sido mi rutina de los viernes por la noche de no haber tenido a Gabi cuatro años atrás. Salir una vez a la semana, no tener que gastar dinero en comida más cara bajo el pretexto de que es para niños, ni en juguetes en épocas especiales. Seguramente ni siquiera me hubieran echado del trabajo por haberme quedado embarazada y cobraría mi sueldo de antes, que no era excelente pero sí era *decente*.

Es algo que me fustiga demasiado en algunas ocasiones, porque mi vida ha ido irremediablemente hacia abajo en cuanto a calidad y economía desde que nació mi hija. Pero eso no es culpa de ella, sino de todo lo que la rodea, del mundo al que la he traído y que nos promete una estabilidad y unas garantías que son falsas.

Entonces sacudí la cabeza y ahora tengo que hacer lo mismo para no entrar en un bucle autodestructivo en el que me iba genial si hubiese decidido no ser madre.

Explicaré la noche brevemente: tuve éxito. Éxito del que pretendes tener una noche cuando llevas sin salir tantos años como los que tiene tu hija y la última persona con la que estuviste fue precisamente su padre.

Ligué. Ligué mucho, y eso que para mí no era mi mejor momento ni tenía plena confianza, pero durante esa noche no era «Macarena, la mamá de Gabriela». Era solamente Macarena, como mucho la amiga de Clau, que conocía a medio local. Me lo pasé bien: bailé, me tomé varias copas y a mitad de la noche me llevé un chico a casa.

Cuando digo *chico* me refiero a *hombre*, claro. Mi cerebro todavía no ha hecho clic para dar ese cambio, igual que no lo ha hecho para considerarme a mí una *señora*.

Me llevé a un hombre a la casa en la que vivía con mi niña pequeña, y como pensaba que eso podía pasar —una parte de mí incluso *quería* que ocurriera por todos los medios— dejé recogido el salón y la cocina, lo primero que se ve nada más entrar ya que están comunicados —«en plan moderno», según la casera y por falta de espacio según yo—. Guardé todos los juguetes y dibujos de Gabi en su habitación. No estoy orgullosa y es uno de los principales motivos por los que me avergüenza recordar esta historia: porque escondí a mi hija de un desconocido solo para que no se fuera escopeado al enterarse de que era madre y se metiera en mi cama.

Pero bueno, eso lo pensé a la mañana siguiente, con la cabeza algo más despejada a pesar de la resaca. Además, en teoría mi plan me salió bien porque ni siquiera llegamos al dormitorio, al menos no *para eso*. En cuanto volví a poner las llaves de casa por la parte de atrás de la puerta me agarró y me empezó a besar. Yo no opuse resistencia, por supuesto. Eso era acabar *bien* la noche. Fue un sutil recordatorio a mí misma de que estaba sola porque quería, no porque *nadie* me quisiera, de que si me volvía a poner en el mercado me iban a faltar huecos en la agenda.

Él estaba chispa todavía, pero no lo suficiente como para no saber lo que

estaba haciendo. Me levantó en volandas y apartó el frutero que había sobre la mesa de la cocina-comedor —según la función para lo que se la precise la podemos usar para desayunar, comer o cenar, o para preparar la comida mientras vemos la tele— antes de tumbarme encima.

Ay. Esa es la segunda cosa que me avergüenza recordar.

No lo que hicimos sobre esa mesa en sí. Eso estuvo bien. Nada memorable, nada sorprendente, pero bien dado el tiempo que hacía de la última vez. Él se fue a la mañana siguiente después de desayunar prometiendo llamarme otro día y, por supuesto, no haciéndolo jamás. Pero me dio igual, yo tampoco lo llamé, ni le escribí. Los dos sabíamos que nuestra noche no había sido para eso, aunque por algún motivo él se pensaba que me iba a ofender si me lo decía claramente.

No, no es eso lo que me avergüenza. Lo que me avergüenza es lo que pasó el domingo por la mañana.

El sábado, de forma rápida, transcurrió de la siguiente manera: fui a casa de mis padres, comimos paella, tortilla de patatas, ensaladilla y croquetas, todos los platos típicos españoles que se les ocurrieron para que Anja catara un poco de cada cosa y Rafa se volviera con buen regusto a Múnich. Por la tarde fuimos a por chocolate con churros y Gabi acabó con la tripa tan llena que se fue a dormir sin cenar. Tuvo pesadillas por el empacho a dulce y a la vez el hambre que le dejó el haber tomado comida basura, así que por la mañana se despertó temprano y se arrebujó en la cama conmigo.

Puso los dibujos en la televisión y se sentó a la mesa de la cocina-comedor mientras esperaba su desayuno. Normalmente toma cereales, aunque mi preferencia es que no tome demasiado azúcar por la mañana, pero sigue siendo una niña. Bastante que he conseguido que le guste la tortilla francesa en ayunas, que es lo que conseguí hacerle tomar esa mañana con un vaso de zumo de naranja natural.

Cuando sus antebrazos, desnudos por haberse remangado el pijama,

tocaron la madera de la mesa, Gabi soltó un gritito.

—¡Mamá!

—¿Qué? —exclamé, acercándome a ella con la cuchara de madera todavía en la mano, preparada para enfrentarme a cualquier bicho monstruoso que no superase el tamaño de una uña.

Cuando me miró, tenía sus rubitas cejas medio enarcadas: una sí y la otra no. Levantó las manos de encima de la mesa, como si quemara. Me estaba mirando con la sospecha de que había hecho algo mal, algo para lo que no tenía permiso.

No pude evitar acordarme de la otra noche.

—¡A mí siempre me dices que no se puede uno subir encima de las mesas!

Y ese comentario no hizo más que agravar un poco mi creencia. Pero era imposible. Era imposible que Gabriela supiera lo que había pasado entre el hombre del viernes por la noche y yo. Ella ni siquiera estaba en casa.

—¿De qué estás hablando, Gabriela?

Gabi sabe que cuando la llamo por su nombre completo ocurre algo, pero en ese momento ella parecía muy segura de tener más razón que yo.

—¡Te tumbaste en esta mesa! ¡Con un señor dándote besos! ¿Quién era?

Sentí cómo la sangre se me subió a la cabeza de repente. Todavía a día de hoy siento que me pongo roja al recordarlo, aunque intento que eso suceda lo mínimo posible. Tras unos minutos en los que boqueé y me di aire con la mano para recuperarme, acerté a preguntarle:

—¿Y tú cómo sabes eso?

—¡Lo he visto! —dijo ella, con naturalidad—. He tocado la mesa y me lo ha dicho.

Miré a la mesa, después a Gabi y luego de nuevo al mueble. Busqué si había algo en ella, si me había dejado el móvil de tal manera que lo hubiese podido ver... de alguna forma, si había marcas, lo que fuera. Le busqué mil

explicaciones lógicas que no resultaban para nada convincentes.

—¿Quién era, mamá?

Para entonces ya me había apartado de Gabi, había vuelto a cocinar y a recoger solo por hacer algo.

—Un amigo mío —dije con una voz temblorosa que no percibió.

En ese momento no valoré en serio la posibilidad de tener una hija su-perdotada en ese sentido. Creo que nadie se lo puede plantear como algo en serio. Me sentí la protagonista de una serie de ciencia ficción y lo cierto es que enseguida me acordé de *Los Protegidos*; temía a cada momento que se llevasen a Gabi en mitad de la noche. Durante unas semanas estuvo durmiendo conmigo, más por insistencia mía que suya, aunque suene sorprendente.

Durante los siguientes días intenté ir preguntándole por lo que le *de-cían* otras cosas. La siguiente vez fue en el supermercado. La cogí en brazos para meterla dentro del carrito y en cuanto se apoyó en las barandillas metálicas con las manos dio un salto hacia mí de nuevo.

—¡Mamá! ¡Un niño ha vomitado en este carrito! ¡Qué asco!

Uno de los cajeros la escuchó. Bueno, en realidad *todo el supermercado* la escuchó, pero solo este cajero se acercó para pedir disculpas en nombre de la empresa y proceder a limpiar *mejor* el carrito.

Otro día, cuando se subía al coche de mi padre le dijo:

—Abuelo, una niña en una bici te ha hecho un arañazo en el coche.

Esta historia no me la sé bien porque me la contó mi padre cuando le pedí que recogiera a Gabi del colegio una tarde que tuve que sustituir a una compañera en la clínica, pero más o menos me dio a entender que él apenas había alcanzado a ver el arañazo de no haber sido por Gabi y que menudo radar tenía la niña para saber que había sido una bici.

—Ya sabes, los niños es que tienen una imaginación que ya quisiéramos los adultos —dije yo, quitándole importancia.

—Yo creo que va a ser policía porque no se le escapa una.

La de mi noche y mi cita solo fue la primera, pero luego vinieron más. No estoy segura de que fuera la primera vez que Gabi me daba a entender que había algo... *diferente* con ella, aunque esa fue la más clara.

Y desde entonces no he podido negar que, definitivamente, hay algo *distinto* en mi hija.

Gabriela tiene una especie de don.

Capítulo tres

No sé exactamente hasta dónde llega el don de Gabi. Sé que no lo usa a propósito y que es una especie de *visión*. Al menos, eso me ha explicado. Yo tampoco saco mucho el tema, con la esperanza de que algún día se le pase o lo vaya perdiendo. No es algo por lo que me gustaría que mi hija fuera conocida.

Hoy comemos con mis padres. A ellos les gusta que vayamos y se piensan que no sé que lo hacen para ayudarme con las comidas y el dinero sin que se note.

Pero lo sé.

Y no estoy orgullosa de seguir necesitando a mis padres a los treinta y dos años, pero es así.

A lo mejor te preguntas en qué estaba pensando cuando decidí traer a una niña a este mundo con tan pocos recursos. Bueno, en mi defensa adelantaré que mis recursos eran considerablemente mejores cuando tomé la decisión.

Mi padre ha hecho macarrones con carne, tomate y queso. Los hace mi padre porque es bastante generoso en los dos últimos ingredientes y Gabi ha dejado bien claro que le gustan mucho más los del yayo que los míos o los de mi madre.

Como buenos abuelos, consienten a su nieta todo lo que pueden y más. En parte creo que lo hacen porque saben que a mí me viene bien que sean ellos quienes se la lleven al cine, o que le compren un disfraz en carnaval, y porque es la única nieta que tienen cerca.

Llamamos juntas al telefonillo y al timbre. Todavía puedo auparla para que sea quien le dé al botón y se asome a la camarita desde la que nos ven en el piso. Los abuelos le suelen hacer alguna pregunta curiosa antes de abrir con la que Gabi siempre se ríe.

Y yo, por lo general, también, porque me gusta verla reír.

Mis padres son unos buenos abuelos, más divertidos de lo que yo los recuerdo como padres cuando era pequeña. Gabi se lo pasa muy bien con ellos y siempre que le digo que venimos a verlos hace palmas y da saltos.

No me extraña, porque en cuanto entramos la están esperando con los brazos abiertos. Mi padre la levanta y le da una vuelta en el aire. ¿A qué niño de cuatro años no le gusta eso? Si yo no midiera tres veces más que ella y pesara bastante más, también me divertiría así.

Mi madre me saluda a mí primero, porque ya sabe cómo es el ritual entre abuelo y nieta. No me sorprende que se dé cuenta de algo de Gabi antes que yo.

—Tiene los zapatos rotos por abajo, ¿no?

Añade esa última partícula interrogativa para que yo no me sienta mal por no haberme dado cuenta, aunque sabe claramente que sí. Toda la suela está rajada y en algunas partes separada del resto de la zapatilla de deporte. Así son las madres, pienso, ignorando por un momento que yo también lo soy. Se fijan en todo antes que nadie, se dan cuenta de lo que va a faltar antes de que falte.

Así son las madres. Menos yo.

Cierro los ojos con pesar. Joder. Me viene fatal comprarle unos nuevos para el colegio para mañana y solo estamos a mediados de mes. Me digo que no me puedo enfadar con ella, que son cosas que pasan, que los niños se rompen los zapatos, los pantalones y se hacen rasguños no a propósito, sino porque son niños y juegan a lo bruto el noventa por ciento de las veces.

Hago memoria. ¿Cuándo fue la última vez que le compré unos tenis? Hace meses, eso seguro, pero sin duda no los suficientes como para haber amortizado estos. Me gasté veinte euros en ellos. Si hubiese tenido algo más de solvencia entonces podría haberme gastado cincuenta en unos mejores que hubiesen durado más, pero ni contaba con cincuenta euros que me sobraran entonces ni cuento con ellos ahora. Me quedan ochenta en el banco y todavía tenemos que comer mínimo una semana antes de que me pasen la nueva nómina.

Mi madre me debe ver algo en la cara, porque me desliza algo rugoso en la mano, como mi abuela hacía conmigo cuando se acercaba mi cumpleaños.

—Mamá... —murmuro, apretando los ojos y viendo el color anaranjado del billete que me ha pasado.

—Macarena, eres mi hija y ella mi nieta. No voy a dejar que paséis penurias

innecesarias.

Mis padres no saben hasta qué punto voy ahogada a finales de mes. No es cosa excepcional, para mi desgracia.

Es una tortura permanente. A veces no puedo evitar pensar que de haber sabido que estas iban a ser las condiciones en las que iba a estar con Gabi no habría...

—He comprado sándwich helado para el postre.

Esbozo una sonrisa apretada. Es mi helado favorito.

—Gracias. —Y son unas gracias que van por muchas cosas, no solo por el postre.

—Me ha dicho tu hermano que te iba a llamar esta semana cuando sacara un hueco.

Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que hablé con Rafa. Lo bueno es que ni él ni yo nos enfadamos por no estar en contacto: simplemente se nos pasa.

—Qué bien —digo honestamente.

—Si ves que se acaba la semana y no lo ha hecho llámalo tú, que sabes cómo es.

No es que mi hermano tenga la cabeza en Babia. Es que vive en Alemania y tiene dos niños pequeños. Sé lo que es tener que conciliar no solo la vida laboral con la maternidad, sino también la social.

Mi madre se escandaliza cuando le digo que hace semanas que no hablo con Rafa, porque los hermanos tenemos que estar en contacto más a menudo.

Pero qué hacemos, si no nos da la vida para más.

Servimos los platos juntas en la cocina mientras mi padre y Gabi ponen la mesa en el salón. Aún dan Los Simpsons a la hora de comer, pero Gabi tiene sus dibujos favoritos en la tele ahora mismo. Creo que su generación no estará tan unida por multitud de referencias culturales que todos entiendan, pero eso será algo que el tiempo deberá decir. Le gusta ver Ladybug. A todas horas. Y a mí, la verdad, es que un poco también.

—¿Sabes algo de Fran?

Estaba tan embobada pensando en el último capítulo que había visto de

Ladybug mientras llenaba a rebosar un plato de macarrones que la pregunta de mi madre me saca como de un trance.

Siempre, siempre, *siempre* me hace esa pregunta.

—No más de lo que sé habitualmente.

—Deberías llamarle. Entre dos...

—Todo se lleva mejor —termino por ella—. Sí, ya lo sé.

Me llevo un plato demasiado lleno para mi padre al salón solo porque esa es una conversación que no quiero tener.

Terminamos de comer, Gabi ayuda a recoger y nos quedamos un rato jugando con los yayos. Tienen para ella un juguete que compraron no sé dónde, un potingue para hacer chuches ella sola en casa que me veo que le va a dar dolor de tripa, y mi padre se queja de los precios de los juguetes de los niños de hoy en día.

—Lo que no entiendo es que me cueste casi ocho mil pesetas una cosa para que la niña esté entretenida una tarde —refunfuña.

Y de ahí empezamos a quejarnos de todos los precios, de lo que hemos tomado por costumbre aunque nos estén sangrando, de que si antes podías ir al cine con cincuenta pesetas y te podías comprar palomitas, refresco y usar lo que te sobraba para abrir un fondo de pensiones. Le digo a Gabi que nos tenemos que ir cuando siento que el tema me cabrea tanto que voy a empezar a estar de mal humor.

—¿Tienes tareas del cole para hoy? —le pregunto a Gabi mientras caminamos de casa de mis padres a la parada del autobús.

—Una ficha —responde. Me sostiene la mano y la balancea con fuerza. Es una tontería, pero es divertido. Si no veo felicidad en estas pequeñas cosas, me esperaría una vida todavía más amargada.

—¿Solo una? Qué bien, ¿no? ¿De sumas?

—¡Nooo! —exclama. Odia las sumas. Espérate a que empiece a restar—. Tengo que colorear medios de transporte. Los que uso un día normal. La seño Ainhoa se ha puesto contenta conmigo porque he dicho a la clase que siempre vamos y venimos al cole en bici y ha dicho que eso es bueno para el planeta.

Me imagino que eso ha sido antes del *incidente*. También podría haberme comentado algo bueno del día de hoy en nuestra reunión, aunque pensándolo bien creo que prefiero que no lo haya hecho. Lo que para ella es una hazaña ecologista, para mí no es más que precariedad. Nos solemos mover en la misma bici que tengo desde los veinte. Lo que decía, cuando inviertes algo de dinero en cosas de calidad puedes permitirte no malgastarlo durante años en lo mismo, pero ya no es mi caso. Le añadí un asiento para Gabi y me sirve para ahorrarme el dinero del autobús o de un coche que ya no tengo porque no lo puedo pagar, y seguir manteniéndome un poco en forma. También voy a trabajar en bici, lo que me hace tener que cargar con un kit de aseo por si es un día especialmente caluroso.

—Qué bien, con lo que te gusta a ti colorear —se ríe—. ¿Te parece si vamos a comprarte unos tenis nuevos al centro comercial, que se te han roto esos un poquito?

Se encoge de hombros. A Gabi no le entusiasman mucho las compras salvo si se trata de juguetes, chuches o dulces en general. El centro comercial es algo peligroso en ese sentido, porque hay muchas cosas que puede querer (entendible) y no siempre se lo puedo conceder (para no mimarla y porque no tengo dinero suficiente).

El bus no tarda mucho en llegar, pero yo ya había contado con eso al salir de casa de mis padres.

—En este no, mamá —me dice Gabi cuando escojo un asiento y la dejo pasar. Se ha quedado unos segundos parada frente a él antes de negarse e ir al de atrás.

Miro a mi alrededor. Hay gente, pero nadie nos mira. Eso no quiere decir que no nos hayan escuchado, claro. Sin embargo, la experiencia me ha dicho que los adultos no sospechan así como así de que los niños sean capaces de hacer algo especial, algo diferente. Lo achacan a la imaginación y yo lo agradezco, aunque en el fondo sé que ha sido su don lo que la ha llevado a querer cambiar de sitio.

El trayecto es corto y nos lo pasamos haciendo una guerra de pulgares para que esté entretenida y no tenga la tentación de aburrirse y me pida el móvil. Me pide *mucho* el móvil cuando se aburre, pero de momento está pasando sin él. Tiene

libritos de colores con *pop-ups* para entretenerse cuando nos toca esperar y uno de esos ordenadores que ayuda a los niños a aprender mientras se creen que son adultos. Cientos de veces la he escuchado aporreando el teclado sin ton ni son y cogiendo el mando de la tele como si fuera un móvil, fingiendo ser la jefa de una empresa multimillonaria demasiado ocupada para atender llamadas y pasándose las a «su representante».

La verdad es que la imaginación de Gabi ayuda a que su don pase más desapercibido.

Las compras son rápidas. Yo tampoco me quiero entretener más tiempo del necesario allí, aunque en mi época más joven disfrutaba y mucho de pasar horas y horas rodeada de tiendas, de cosas nuevas, ropa bonita y cosas que me gustaban y no necesitaba.

Ahora no caben en mi piso de setenta metros cuadrados.

A lo mejor si no hubiese sido derrochadora, a día de hoy me seguiría quedando algo de colchón en el banco.

Prefiero no pensar en los «a lo mejores» o en los «y sis», porque si no es que no levanto cabeza.

En el camino de vuelta del bus me llega un mensaje que me hace vibrar el móvil. Esta vez estamos jugando al «veo veo» y Gabi está demasiado ocupada buscando algo extremadamente difícil por la ventana después de que le adivinase tres seguidos (a veces la dejo ganar, pero también tiene que aprender a manejar la frustración), así que saco el móvil ligeramente del bolsillo para leer la notificación:

Fran

Te parece que me pase a cenar con vosotras? Puedo llevar pizzas

18:14

Parece que mi madre lo invoca al mencionarlo. En parte puede que por eso lo haga.

El mensaje es inofensivo y sé que solo nos desea lo mejor, pero a veces me siento algo incómoda con él. Por todo lo que ha pasado.

Sin embargo, no tengo derecho a apartarlo de Gabi, ni a privar a Gabi de él.

La miro y le pregunto:

—¿Te apetece que venga papá a cenar?

Capítulo cuatro

Conocí a Fran en el Club. El Club no es un club, es un gimnasio al que fui casi todos los días de los veinticinco a los veintiocho años y en el que coincidimos muchas veces, al principio por casualidad y después a propósito. Suena mejor decir que «nos vemos en el Club» porque suena a lugar pijo selecto. Todo el mundo que iba allí lo llamaba Club, no gimnasio. Debe de ser el único gimnasio que ha conseguido eso.

Yo era una persona muy diferente antes de Gabi y antes de Fran, aunque quizá no por las razones típicas que podrían venir a la mente de cualquiera. No. Ni Fran ni Gabriela fueron el motivo de que yo cambiara.

Fue por el gilipollas de mi ex.

A ver, normalmente la gente tiene muchos ex: ex a los que no considera ex, ex de recaída... cosas así.

Pero yo lo que tengo es solo un ex.

Porque empecé con él a los dieciocho y fue mi primer novio.

Me dejó a los veinticinco.

Y al menos yo le fui fiel todo ese tiempo.

Sé que éramos jóvenes y todas esas cosas, que nos conocimos aún más jóvenes y lo demás que se suele decir, pero yo nos veía. Quiero decir, *nos veía*. ¿Cómo vas a estar con alguien siete años de tu vida sin imaginarte un futuro juntos? Me imaginaba con él, en nuestra casa, viajando, eligiendo un coche, preparando nuestra boda, teniendo hijos. A eso me refiero con que *nos veía*.

Y tampoco es que a esa edad pensase todo eso. Las cosas fueron con calma. En boda *en serio* empecé a pensar a los veintitrés. Lo de los bebés vino un poco después. Tampoco se lo conté en cuanto me vino a la cabeza, le di una vuelta. Varias. A ver, llevábamos juntos desde los dieciocho, ¿quién puede decir eso? Yo tenía un trabajo bueno (para tener veintitrés años) de higienista dental en una clínica en la que estaban muy contentos conmigo. Él estaba en la empresa de papá

—el suyo, no el mío—. Nos iba bien y podíamos ahorrar nuestros sueldos íntegros dos o tres años antes de dar el paso.

En fin, quería el kit completo. Quería ser protagonista, vestirme guapa —aunque siempre lo hiciera— y desatar envidias. Quería la luna de miel en un país tropical, que nos dieran la suite nupcial del mejor hotel que hubiera —porque estaba claro que en ese lugar, con la moneda al cambio nos hubiese salido una ganga—, que nos dieran regalos por estar de viaje de novios.

Quería hacer la lista de bodas, aunque eso ya no se llevara, para poder equipar una casa todavía inexistente.

Lo quería.

Pero la vida, la mayoría de las veces, tiene otros planes para ti.

«La cosa se está poniendo demasiado seria para mí», me dijo después de haber planteado posibilidades. Después de haber hablado de a dónde nos gustaría viajar, dónde nos compraríamos una casa, cuál sería nuestro primer coche —¿uno familiar ya o mejor uno de ciudad primero?—.

Demasiado seria.

Después de *siete años*.

Después de haberle presentado a mi familia —a *toda* mi familia, incluyendo primos segundos a los yo apenas había visto, hermanos perdidos de mi abuela y gente con la que no tenía muy claro el grado de consanguineidad—, después de haber acudido juntos a todos los eventos que me surgían.

Al parecer, no estaba preparado para una relación tan seria conmigo, aunque sí con otra chica a la que no tenía el placer de conocer más que por Instagram.

Clau me contó que se casaron el mismo año que nació Gabriela.

Bien, que se vaya a la mierda.

Clau fue la que me sacó del pozo de autodestrucción en el que me metí yo sola. Un día vino a casa a sacarme de la cama, me obligó a darme una ducha y nos fuimos las dos de compras. Nos compramos vestidos del mismo modelo pero en colores distintos, flores para nosotras mismas y una novela cada una. Después, nos pasamos la tarde recortando las fotos que tenía con él y destruyéndolas.

Pequeños placeres que puede tomarse una.

Descubrí el Club algunos meses después por un cartel de kickboxing. En su momento, no tenía ni idea de lo que era, pero me imaginé que tenía algo que ver con pegar y yo todavía estaba algo resentida con él. Así que decidí apuntarme.

No hice una clase de kickboxing en la vida, pero me convertí en una chica de gym, una *gymbro* en femenino. Una *gymgirl*.

Casi un año y medio después, llegó Fran.

Fran fue solo una noche, pero a veces una sola vez, una sola noche, es más que suficiente. Y en mi caso lo fue.

Después de Fran llegó Gabriela.

Había visto a Fran varias veces antes de hablar con él la primera vez. Al gimnasio iba la mayoría de las veces centrada en desfogarme, soltar algo de adrenalina y vengarme internamente del sinvergüenza con el que salí siete años de mi vida. Me pidió una moneda para la máquina de agua y se la di. Al día siguiente vino a devolvérmela y yo le dije que no hacía falta. Después me felicitó por levantar treinta kilos en una multiestación.

Una vez, se rio cuando se dio cuenta de que le miraba los bíceps cuando levantaba pesas. Casi me morí de la vergüenza.

Pero hubo *otro* día. Él me habló primero. Yo acababa de llegar y todavía estaba en proceso de calentar antes de empezar el entrenamiento. Se me acercó y me dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Llevaba auriculares, de esos que van por bluetooth, pero todavía no me había puesto música. Los usaba antes precisamente para que no me hablase nadie.

Asentí mientras me quitaba uno de ellos. Ahí tenía que haber adivinado que con Fran *todo* iba a ser diferente.

—¿Cuánto pesas? Más o menos, si no es indiscreción.

Un poco lo era. Además, no tenía el dato exacto en la cabeza. Lo miré de arriba abajo, pensando para qué narices quería tener esa información. Al final, dado que

el tiempo en silencio empezaba a ser de lo más incómodo, opté por rebajar un par de kilos a la última vez que me pesé.

—Sesenta y cuatro. ¿Por qué?

—Ah, solo quería perfeccionar mi plan de entrenamiento. Muchas gracias.

Creo que supo perfectamente que me lo quedé mirando para ver qué narices tenía que ver mi peso en su entrenamiento. Creo que eso es *exactamente* lo que pretendía. Lo vi en una máquina de *hip thrust* que yo también usaba. Es básicamente el sitio donde, apoyando la espalda en una superficie elevada, levantas peso con la cadera. Me gustaba hacerlo porque se me daba bien, aunque había visto a bastantes menos tíos haciéndolo.

Me acerqué sutilmente a él, fingiendo que seguía calentando mientras estudiaba las máquinas que tenía alrededor. Estaba lo suficientemente cerca como para poder escucharlo contar mientras colocaba las pesas a ambos lados de la barra:

—...y sesenta cuatro —dijo finalmente.

No lo volví a ver en toda la tarde, pero cuando se lo conté a Clau parecía tener bien claro lo que había pasado.

—Estaba ligando contigo.

—¿Poniendo sesenta y cuatro kilos en la barra del *hip thrust*?

—Usa la imaginación, amiga mía...

Al parecer, había toda una corriente de microinfluencers de gimnasio que se dedicaban a hacer memes sobre técnicas de ligar en el gimnasio y esa era una de ellas.

Por la noche, hablando con Clau sobre lo ocurrido, fue la primera vez que Fran me hizo reír. Y ni siquiera estaba presente.

Al día siguiente fui un poco antes para coincidir más tiempo con él en las máquinas. Lo vi y nos saludamos, pero no me dijo nada. Estaba ocupado con sus tríceps.

Luego pasé un par de días sin coincidir con él, en los que pensé que Clau se había equivocado terriblemente o que sí que tenía razón pero que al no enterarme de la indirecta, Fran había decidido que no valía la pena.

Por entonces no sabía que se llamaba Fran, claro. Entre nosotras y para mí misma era «el chico del gimnasio» o «el del *hip thrust*».

Pero el lunes sí que lo vi. Yo fui antes y él apareció un poco después de lo que acostumbraba. No me vio en mi mejor momento, porque para poder verlo llegar me tuve que poner en la máquina de hacer dominadas, y no he hecho una completa sola en mi vida. No me gusta hacer brazos, *lo odio*. Prefiero hacer una sesión doble de pierna. El único ejercicio de brazo que tolero es el de pegarle puñetazos al saco de boxeo.

Sí, sí. Soy plenamente consciente de que me vio en medio de una dominada porque en cuanto pasó por el vestuario vino directamente a verme.

—¿Te ayudo?

Ayudarme era un eufemismo. Llevaba tranquilamente quince minutos medio colgada de la barra intentando auparme sin éxito. No conseguí tocar la barra ni con la nariz. No sola, claro.

Odiaba cuando los tíos se te quedan mirando porque se te marcan las mallas, porque no sabes cómo hacer un ejercicio correctamente o porque estás dando todo de ti y no puedes más. En serio, una vez, un ocho de marzo, hicieron una jornada de gimnasio exclusiva para mujeres y fue comodísimo. Sabías que si alguien te miraba más de tres segundos era por miopía o para preguntarte dónde te habías comprado el top.

Y aunque Fran viniera como héroe salvador, no me pareció un baboso. Supongo que en parte ahí ya me gustaba un poco y eso influía. También habíamos tenido una interacción previa. Rara, pero la habíamos tenido. Creo que le encantó tener una excusa clara para acercarse, igual que a mí.

—Creo que antes debería fortalecerme un poco —dije, tocándome el inexistente bíceps, y moviendo una capa de piel y grasa como si fuera gelatina.

No, yo tampoco sé por qué.

—Bueno, puede ser. Pero si quieres hacemos una juntos para que veas lo que se siente.

He aquí la clave de que nunca he hecho una dominada *sola*.

—Vale —dije sin titubear—. Dime cómo.

En este punto, cabe añadir que

no había salido ni quedado con nadie desde mi ex. Y que antes de romper habíamos estado juntos *siete años*. No sabía cómo ligar, no sabía cuándo ligaban conmigo, no me había hecho falta hacerlo.

Así que Clau me dio unos consejitos y entre ellos estaba la seguridad. La seguridad es clave para todo, en realidad. Incluidas las entrevistas de trabajo o simplemente ir por la calle. Hay que andar siempre segura, por lo menos de una misma si no se tiene clara otra cosa.

Mi mejor amiga me dijo que fuera con actitud de «sé que te gusto y me parece bien».

Y eso hice. O intentaba.

—Vale, agárrate aquí y rodéame la cintura con las piernas.

La posición era rara para dos tipos casi desconocidos, pero él tenía pinta (ahora ya un poco menos) de chulito, de esos que prueban y prueban hasta ver dónde pueden llegar, dónde te echas para atrás por el qué dirán. Como los niños pequeños cuando retan a una carrera a alguien a quien saben que no pueden ganar, necesitan esa victoria para mantener su estatus.

Fran era un poco así.

O al menos eso era lo que desprendía.

Así que le seguí el juego, rezando por haberme enterado bien de las reglas y no quedar como una pánfila como con las pesas.

—A la de tres tiramos hacia arriba. Una...

En fin. Decir que ese set de dominadas fue conjunto es una absoluta mentira. Yo apenas hice esfuerzo, él cargaba con casi todo mi peso. Aunque, a decir verdad, algo tuve que aportar, porque lo que me dolieron los brazos al día siguiente no tuvo nombre.

—¿Te queda aire para decirme cómo te llamas? —preguntó.

—Macarena —respondí sin más porque era cierto que apenas me quedaba oxígeno pese a todo.

—Macarena. Qué bonito.

En las alturas y entre sudores no acerté a distinguir muy bien si lo decía en serio o no.

—La última y bajamos, ¿vale?

Asentí. No sé cuántas hicimos. *Hizo*.

Se plantó él primero en el suelo y después me bajé yo. No me froté los brazos doloridos de puro orgullo, para que no viera que estaba muertísima sin apenas hacer nada.

—¿Qué te parece? Entre dos es más fácil, ¿no?

—Dónde va a parar —respondí—. Iba a preguntarte qué te ha parecido a ti, pero creo que has disfrutado bastante también.

Me pareció que se ponía un poco colorado mientras se separaba la tela de los pantalones del cuerpo.

—No todos los días se puede hacer ejercicio con una chica guapa.

Contuve una sonrisa. Me salió mal.

—Seguro que muchas de por aquí se ofrecerían voluntarias para ejercitarte.

—De eso no me cabe duda. Pero yo solo me ejercito para una. Una de sesenta y cuatro kilos, concretamente.

A esas alturas, el nivel de tonto había atraído los oídos de las personas más cercanas —y más cotillas—.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vas en tus entrenamientos?

Frunció los labios.

—Me siento preparado.

—Genial. Entonces yo que tú invitaría a esa chica a algo. Antes de que empiece a hacer dominadas con otro.

—Uf, no sé. ¿Crees que me diría que sí?

—Puede. Aunque antes sería importante decirle cómo te llamas. Dudo mucho que salga así como así con desconocidos.

—Gracias por el consejo. —Estiró la mano y me la estrechó—. Me llamo Fran. ¿Quieres cenar conmigo mañana por la noche?

En su momento me pareció una forma de ligoteo espectacular, aunque a Clau le pareció un poco raro que hablásemos de nosotros mismos durante tanto rato en tercera persona y, ahora que lo pienso, a mí también me da un poquito de noséqué a día de hoy. Pero bueno, lo hecho hecho está, en este caso hace mucho tiempo y no vale la pena añadir ese momento a la serie de cosas que me dan vergüenza ajena a día de hoy.

Fran me invitó a cenar a su casa, lo que a mí me pareció cuquisimo porque iba a cocinar él y que luego me aterró porque Clau me explicó todos los motivos por los que no hay que acudir a casa de un chico en la primera cita:

—No sabes si es un psicópata. De verdad que a veces alucino contigo. En cualquier caso, lo invitas a la tuya, que por lo menos sabes dónde tienes los cuchillos y si vais a la cama te fijas en si la ropa hace un ruidito metálico extraño al caer. Si tienes dudas, siempre puedes desnudarlo tú misma, aunque yo sinceramente si tuviera dudas no me lo llevaría a casa.

—Clau, por Dios...

—Es que luego ocurren desgracias, Macarena. Mándame la ubicación por si tengo que ir a buscarte. O mandarte un coche policial.

Se la mandé. No voy a negar que la conversación con ella me alteró un poco. Me dijo que le pusiera un mensaje cada hora y que especificara alguno si creía que podía —cito textualmente— *haber tema*.

Le puse un mensajito diciendo que iba a subir a su casa, que le actualizaría en un rato.

La casa de Fran era pequeña. Vivía de alquiler y solamente tenía una habitación. Por problemas familiares, prefirió irse de casa pronto y eso es lo mejor que se podía pagar con su sueldo.

—Está bien, tampoco necesito más —dijo, mientras cogía mi americana negra y la colgaba en la percha detrás de la puerta principal.

Había encendido velas y puesto servilletas granates. Había copas para agua y para vino y un plato sobre otro plato como en las cenas románticas en restaurantes

caros. Había un platito de jamón con queso y almendras en el centro.

—Así también tardas menos en decorarla. Está muy bonita.

—Bueno, tengo que impresionar a alguien... —murmuró bajando la voz. Estaba más relajado que en el Club. Más... tierno, quizá.

—¿Y crees que me voy a impresionar con unas velitas y con que hayas escondido las pelusas debajo del sofá?

—En primer lugar, las pelusas las aspiro —repuso, sirviéndome una copa de vino y ofreciéndomela—. Y en segundo, también espero que te sorprenda mi arte culinario.

Alcé las cejas, fingiendo sorpresa. Es cierto que toda la casa olía a comida, a comida prácticamente recién cocinada. Una salsa. ¿Pimienta? Podía ser. Aunque ahora lo que más olía era el vino que tenía delante. Me lo acerqué a la nariz.

—¿Qué hay de menú?

—De entrante tenemos una tapita de jamón con queso y una copa de vino tinto, aunque si prefieres blanco o rosado también tengo. Varios, en verdad. Se podría decir que, como no sabía cuál preferías he traído varias opciones.

—Este está genial —dije—. El de la tienda se debe pensar que tienes un pequeño problema.

Se encogió de hombros, con despreocupación. Dejó la botella encima de la mesita auxiliar y le puso el corcho de mala manera.

—Merece la pena. —Alzó su copa—. Chin chin.

Había ensalada, ñoquis —efectivamente, con salsa de pimienta— y hasta un plato de carne. También había traído postre, que admitió haber comprado en Mercadona, pero yo ya no podía más.

—¿Quién te ha enseñado a cocinar? —pregunté, gratamente sorprendida al final de la cena.

Fran alzó las manos como respuesta.

—Estas dos manos y tres años y medio viviendo solo. Al final te cansas de las tortillas precocinadas, ¿sabes?

—Y pedir kebab todos los días no es lo ideal para generar músculo, que

digamos.

—Y eso también.

En ese momento vibró mi móvil al recibir un mensaje. Era Clau, porque me había retrasado a la hora de mandarle la siguiente confirmación de que estaba viva y ya se había preocupado. Le mandé un «todo ok» algo escueto, pero es que no quería estar a otra cosa en mi primera cita en años.

—No tendrás pareja, ¿no? —me preguntó Fran—. Por los mensajes, digo. Que está bien si la tienes, claro. Es solo que pensaba que esto... —añadió, señalándonos con el índice.

—Oh, no, no —respondí, avergonzada—. Es solo una amiga, de verdad. A ver, es que le dije que me habías invitado a casa y digamos que se preocupó un poco con la posibilidad de que...

—¿De que no fuera de fiar?

—Sí, es una manera más agradable de decirlo y menos ofensiva. ¿Ves? —Le enseñé el móvil—. Solo quiere saber que sigo viva.

—Espera un momento.

Se fue y por un minuto me asusté hasta que volvió. ¿Era ahora cuando tenía que huir por piernas?

Pero no. Solo había ido a por su cartera. Sacó su DNI.

—¿Me prestarías tu móvil y la conversación con tu amiga, por favor?

Dudé un instante, pero, total, no tenía nada que perder. Solo era una primera cita. Se lo pasé.

Él abrió la cámara y le echó una foto a su DNI por delante y por detrás. Después, se sacó un *selfie* y mandó una nota de voz:

—Hola, amiga de Maca. Me llamo Fran, aunque como ves en el DNI respondo al nombre de Francisco Javier Pérez Sancho. Pienso acompañar a tu amiga hasta casa, así que si no vuelves a recibir noticias tuyas aquí tienes todos mis datos para denunciarme. Un besito.

Y lanzó el besito de verdad al aire, lo que me arrancó una carcajada por segunda vez desde que lo conocía.

—¿Y eso?

—Para que se quede completamente tranquila. Y vea que no tengo intención de hacerte ningún daño.

Esas palabras me calentaron el corazón un instante. Luego recordé que ya las había escuchado antes y mantuve la cabeza fría.

—Ha respondido —dije, y le enseñé el gif que le había mandado, un señor con barba señalándose sus propios ojos y luego a cámara—. Creo que ya está más tranquila. Por cierto, es Macarena. *Macarena*. No «Maca».

—De acuerdo, Maca —dijo guiñando un ojo solo por molestar.

Después de la cena nos pusimos a hablar. Puso un poco de música de fondo con Alexa. Me preguntó por qué había empezado a ir al gimnasio y se lo conté. Insultó al otro y me pareció muy bien. Luego le pregunté yo por qué iba él y me dijo que hacía talleres deportivos y tenía que mantenerse en forma de alguna manera. Era interesante.

Luego sacó las cartas. Jugamos al blackjack mientras nos íbamos terminando el vino. Al mismo tiempo que desaparecía el vino, lo fue haciendo nuestra ropa. ¿Cómo? Buena pregunta. Ni me acuerdo. Fue cosa del alcohol o de la lívido, uno de los dos.

El resto de la noche... Bueno, el resto de la noche sí que la recuerdo y la recordaré siempre. Me acompañó a casa, sí, pero a la mañana siguiente, después de pasar a por unos churros para desayunar.